

Mi biografía teológica*

**Don Samuel Ruiz,
Obispo emérito,
San Cristóbal de las Casas, Chiapas.**

De la misma manera que la vida biológica del ser humano tiene un proceso de desarrollo y maduración, así también la vida espiritual (nuestra vida de fe y esperanza), pasa por un proceso en el que los acontecimientos nos piden una respuesta, y a la vez retroalimentan e impulsan su desarrollo.

Quiero compartir con ustedes un tanto el itinerario de esta vida interior, considerándolo desde mi experiencia episcopal, habida cuenta de situaciones que han pasado en nuestra realidad nacional.

Quiero confirmar, de inicio, lo que ya expresaba en la Carta Pastoral *En esta nueva Hora de Gracia*: “al mirar los ‘signos de los tiempos’ de una nueva etapa por la que hemos de peregrinar, en fidelidad a nuestra esperanza de una Tierra Nueva para todas y para todos, descubro que mi condición de Obispo Emérito me apremia a sentirme como tal, dentro de la Iglesia y para la Iglesia; me impulsa a seguir atento a la voz de los pobres, llevando al mismo tiempo en mi corazón la solicitud por todos los cristianos y por todas las iglesias del mundo; me exige compartir mi pensamiento de fe, alimentado a su vez por la palabra de comunidades, organizaciones y personas, cuya acción ha sido central en el proceso histórico del que todos somos parte”.

No es que haya recibido yo un mensaje, o un encargo especial, sino que, habiendo sido bendecido como peregrino con los pueblos indígenas y como miembro de una Iglesia que se esfuerza por hacer suyas “las tristezas, las angustias,

* Ponencia presentada en la reunión de la Comisión Teológica de la Conferencia de Provinciales Jesuitas en América Latina (CPAL), del 12 al 15 de agosto, en la ciudad de México. Don Samuel accedió gustosamente a la petición de los organizadores de compartir su biografía teológica. Hubo después ocasión para preguntas y respuestas, en un ambiente muy cordial y esperanzador.

los dolores, las alegrías y las esperanzas del pueblo” (G. S. n.º 1), percibido, con otros muchos, las señales de una etapa nueva de la humanidad, me quema la urgencia de sumar mi clamor al de ellos, para hacer patentes, a quienes quieran verlos, estos inconfundibles “signos de los tiempos” de este singular “paso del Señor” sobre el “Nuevo Pueblo de Dios” que va en pos de Cristo Resucitado.

Lo hago en un momento en que pareciera que todas las cosas negativas que se dan en el mundo se conjugaran para desarrollar más bien una tendencia pesimista y negativa, y en el que uno, con razón y validez, se pregunta: ¿de qué manera el Señor mantiene en los individuos, en el conjunto de la marcha de la Iglesia —tanto Iglesia jerárquica como Iglesia de los feligreses— la Esperanza en el momento presente?

En verdad, reflexionando sobre este tema, miro en primerísimo lugar con el optimismo con el que el pobre asume los acontecimientos y mira desde su fe hacia delante con grande confianza en el Señor, y siento que es algo que a nosotros nos retroalimenta. El pobre, pues, es la primera razón de nuestra esperanza, no en cuanto vive las situaciones de injusticia y opresión que le hacen pobre y le marginan, sino por la fortaleza y la determinación con que vive y enfrenta esas mismas situaciones, en la lucha diaria por derrotarlas y revertirlas.

Recuerdo cómo, habiendo sido nombrado Obispo para la Diócesis de Chiapas y, después de la erección de la Diócesis de Tuxtla Gutiérrez, como Obispo de San Cristóbal de Las Casas, junto con los sacerdotes, religiosas, religiosos y agentes de pastoral, nos tocó asistir a un proceso evolutivo, a partir de una situación de aislamiento, con una población mayoritariamente indígena (78%), que hablaba alguna de las cinco lenguas hayenses, en grande pobreza económica y aun moral, con situaciones de injusticia y aplastamiento social.

Francamente estábamos en un gran desconcierto para responder a una situación tan compleja, pues considerábamos que, como jerarquía y como agentes de pastoral, éramos los únicos que podíamos dar una palabra de valor y de peso ante esa situación; que nos correspondía a nosotros decidir sobre el futuro de la Iglesia en ese lugar y momento específicos.

El Concilio Ecuménico Vaticano II, sobre todo en el Documento *Ad Gentes*, nos dio la iluminación necesaria para recordar, con los Padres Griegos y Latinos, que Dios se halla presente en los distintos pueblos y culturas (a quienes ha llamado por un camino de salvación) en las “semillas del verbo”, y a quienes convoca para formar un “pueblo de pueblos”.

Nos dimos cuenta entonces que esas comunidades tienen sus propios procesos y que no éramos nosotros quienes teníamos la única y última palabra. Es así como, por su propia acción evangelizadora, surgen las Iglesias Autóctonas, con su capacidad de subsistencia, con su propia Jerarquía y con sus propios Ministros. Han sido estas Iglesias las que han dado respuesta a las situaciones de in-

justicia y marginación social; de ellas hemos aprendido que, a pesar de tanto sufrimiento, se puede pensar y se puede construir un mundo distinto. Esta ha sido, sin duda, una de las fuentes más grandes de esperanza que recibimos en Chiapas. Por eso, constatando las señales del Reino de Dios aquí y ahora, podemos sentir una fuerza que nos permite seguir caminando, a pesar de esa tendencia pesimista que anotábamos y que parece mayor que nuestras propias posibilidades.

Finalmente hemos visto que son estas comunidades las que mantienen la genuina opción por la Iglesia de los pobres, que es, al final, la única Iglesia que Jesús pudo haber inspirado.

Los pobres —los pueblos indígenas, entre ellos— son exponente claro de la toma de conciencia de la identidad étnica y cultural opuesta a la homogenización, a la que nos conduce la globalización actual; ellos son los actores eficazmente presentes en la transformación de varios países del Continente... Ellos enarbolan la bandera de la dignidad humana y del derecho individual y colectivo, denegado por este sistema neoliberal; ellos son el tronco que conserva la esperanza de la construcción de una sociedad alternativa, fundada en el reconocimiento y respeto a la diferencia, son “el resto” que contiene una visión que mira la diversidad, como un conjunto de nuevas riquezas y potencialidades para el desarrollo humano. Esto no es un sueño irreal e irresponsable, sino que es un grito de esperanza que encierra la propuesta mencionada y que aglutina ya el sentir de millones de seres humanos, y es la respuesta de los movimientos sociales a la globalización.

Siguiendo con esta misma experiencia podemos decir, en segundo lugar, que el acompañamiento, el trabajo en “común unión”, el compartir los logros y las preocupaciones con los demás, es otra fuente de esperanza. Nadie ha podido, ni podrá enfrentarse sola o solo a las feroces armas de la muerte.

Pensamos concretamente en la situación de guerra que nos ha tocado vivir en México y que se prolonga hasta nuestros días, y en cómo hemos sido testigos presenciales de una actividad que los seglares incansablemente desarrollan en estos tiempos para parar ésta y otras guerras, y que verdaderamente logran incidir en la historia.

Esta acción solidaria se suma a la resistencia y sobrevivencia de las pequeñas comunidades, de las Iglesias locales y los grupos de cristianos organizados que se convierten así en verdadero “fermento del Reino”.

A estos “hacedores de paz” se refiere la Escritura cuando Jesús proclama la experiencia de vida que Él mismo escogió vivir: “Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios” (Lc 5, 9). A ellas y ellos habrá que agradecer también que alimenten nuestra esperanza en un mundo de verdadera fraternidad.

Elemento distintivo de los cristianos (es) el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Solo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solo una “buena noticia”, una comunicación de contenidos desconocidos hasta el momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo “informativo”, sino “preformativo”. Esto significa que el Evangelio no es solamente una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par: quien tiene Esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva. (Encíclica *Spe Salvi* del Papa Benedicto XVI, n. 2.)

La solidaridad, la comunión, la resistencia civil organizada y pacífica, el acompañamiento a los más pequeños y desvalidos, son otros tantos cauces por los cuales nuestra esperanza se alimenta.

Por otro lado, nos ha tocado mirar en nuestra historia, en medio de nuestra propia condición humana, limitada y pecadora, a una Iglesia que tiene no solamente la presencia de Cristo, sino que genera también antivalores en ella... y oposiciones inclusive al Reino de Dios. Paradójicamente, esas mismas situaciones nos han llevado a un proceso de maduración.

Recuerdo cómo en un momento dado, una situación negativa percibida en el CELAM, en los tiempos que yo presidía la Comisión Episcopal de Misiones, me ayudó a descubrir lo que era verdaderamente la fe en esta Iglesia santa, católica y apostólica, a pesar de los antitestimonios, de los cuales podemos decir que somos parte también nosotros.

Personalmente, y hablando de la experiencia episcopal, he podido ver a nivel del país y a nivel del continente, una persistencia de muchos hermanos que nos ayudan en su acción pastoral y episcopal, con su fidelidad y su confianza en el Señor, a mantenernos con una mirada en el horizonte del advenimiento del Reino.

Dentro de mi interior percibo la intercesión de aquellos testigos en la fe de nuestro continente: Mons. Angelleli, obispo de La Rioja, en Argentina, compañero mío en el Colegio Pío Latino de Roma y muerto en un sospechoso accidente; Mons. Óscar A. Romero, en cuyo nombre lanzamos, junto con Mons. Méndez Arceo y junto con Don Pedro Casaldáliga, en estas situaciones históricas, el Secretariado Internacional Cristiano de Solidaridad con América Latina (SICSAL); Mons. Juan Gerardi, asesinado en Guatemala por su defensa de los Derechos Humanos; Mons. Leónidas Proaño, patriarca y protector de los indios de Ecuador, y así tantos otros testigos, que en la historia han dado su propia vida junto a los cientos de catequistas y de laicas y laicos comprometidos.

Son ellas y ellos, sus vidas y testimonio, los que nos ayudan a mirar esa fidelidad y esperanza en el Señor, como una retroalimentación de nuestra propia esperanza y confianza. Estos testigos experimentados nos hacen sentir que nuestra oración, y la oración de muchos cristianos, acompañan este caminar. Y así sentimos a Cristo resucitado en esas realizaciones históricas que contemplamos.

Recuerdo ahora el compromiso que hicimos en el décimo aniversario de la pascua de Mons. Proaño, junto a otros obispos de América Latina y junto a otros pastores y hermanos de las Iglesias Protestantes, en un verdadero sentir ecuménico:

Queremos salvaguardar la memoria histórica de nuestras Iglesias y nuestros Pueblos y nos sentimos responsables por una herencia de siglos, de luchas y de martirios que no podemos malversar. Caminamos con muchos hermanos y hermanas que, en Nuestra América, en todo el Tercer Mundo y en el Primer Mundo solidario, contestan esperanzadamente el fatalismo del sistema único que nos quieren imponer. Y confiamos en la amorosa presencia del Dios de Jesús, Libertador de los pobres, Padre-Madre de la familia humana.

En síntesis, son muchos los signos de esperanza que emergen ante la brutal agresión de un sistema social, económico y político que excluye a las grandes mayorías en el mundo.

Se anuncia ya una sociedad cuya unidad no tenga un carácter monolítico, como lo impone la globalización, sino donde se comprenda y ejerza el derecho a ser sujeto de su propia historia, y se acepten las identidades específicas; donde se reconozca la autonomía de las naciones y de los pueblos originarios con su unidad y su diversidad... Se visualiza con esperanza la fuerza globalizadora de los excluidos, que no aceptan que este sistema sea el definitivo, sino que vehementes expresan que otro sistema, donde la justicia y la verdad resplandezcan, es urgente y posible; sistema en el que lo constitutivo no sea la concentración del lucro, sino la distribución de los recursos; en el que no sea el individualismo egoísta, sino la dimensión comunitaria y el respeto a la dignidad humana lo que esté por encima del valor de lo económico.

Todas estas señales nos están pidiendo nuevas tareas que, en la medida en que se realicen, serán también alimento que nutrirá esa esperanza:

- Sumarnos, ante todo, a lo que nos demandan estas señales, porque son señales del “paso de Dios” por la historia, manifiestan su presencia y nos guían hacia el advenimiento de su Reino.
- Trabajar incansablemente por establecer la justicia y el derecho en un nuevo orden mundial, para consolidar una Paz inalterable y duradera, y así conjurar definitivamente el flagelo de la guerra.

- Continuar construyendo el nuevo modelo de la unidad, con el respeto a las diferencias y a los derechos de los más pequeños, así en la sociedad, como en el seno de las diferentes confesiones religiosas.
- Apoyar las tareas de protección y conservación de la tierra, hogar común y herencia para las generaciones del siglo que recién comienza.
- Participar, según el lugar que tenemos social y religiosamente, en la construcción de ese “otro mundo posible”.
- Sumarnos a los esfuerzos locales, nacionales e internacionales que caminan ya por senderos de luz y esperanza renovada.
- Trabajar infatigablemente por el reconocimiento de los derechos humanos.
- Colaborar con el Padre en esta Nueva Hora de Gracia: en su obra siempre creadora y siempre redentora, manifestada en esos brotes tiernos que prometen buenos y abundantes frutos...

Le doy gracias al Señor de vivir en este momento histórico, donde se pueden percibir, día a día, avances de una Iglesia presente en la historia y también un encaminamiento de maduración para un diálogo, no solo con otras iglesias, sino con otras religiones; diálogo que va a traer una renovación muy fuerte dentro de la propia Iglesia Católica.

A María Santísima de Guadalupe, Madre nuestra y Reina de este Continente, le pedimos siga escuchando nuestras súplicas, enjugando nuestro llanto y acompañándonos en la construcción del templo de la Nueva Sociedad, en la que los Marginados tienen reservado un lugar especial.